

Días en los que las miradas lo dijeron todo

Cristina *Borruell Mateus*

Medicina Interna, Hospital Sant Rafael (HHSCJ) (Barcelona, España)

Correspondencia: cborruell.hsrafael@hospitalarias.es

Las miradas hablan, explican sentimientos que se resisten a salir en forma de palabras. Los ojos libres de cualquier prejuicio o convención social muestran sin pudor lo que pasa por la mente.

Supongo que por eso si me pidieran una palabra para aquellos primeros meses de 2020 en los que nuestras vidas dieron un vuelco, sería sin dudar, miradas.

Miradas que se encontraban frente a frente, separadas por mascarillas, gafas y pantallas.

Miradas desde cada una de las camas de la unidad, en las que la soledad y el miedo iban de la mano, hablando el lenguaje del silencio. Y a su lado la mirada de quienes como yo, queríamos transmitir una seguridad que no sentíamos y una calma que no sabíamos cómo encontrar.

Los primeros días turno tras turno, no era miedo lo que sentía, tal era el nivel de estupor e incredulidad ante lo que ocurría. Apareció con el paso de las semanas en los que el temor por la vida propia y de nuestros seres queridos, fue aumentando de forma directamente proporcional a la expansión de ese virus letal, que parecía jugar una partida de póker decidiendo, como director de un juego macabro, quien tenía escalera de color, póker de ases, o las cartas perdedoras.

En cada cama se levantaba una mirada que, conforme pasaban los días, te recibía con más confianza. Miradas que al encontrarse se reconocían y cambiaban, la de ellos por la tranquilidad de ver a alguien conocido, la nuestra de alivio, por ver que seguían allí, un alivio que intentábamos disimular disfrazado de alegría en el saludo de cada mañana. Esos meses me enseñaron el poder de comunicación que tiene una expresión en la mirada por fugaz que sea.

Con el paso de los días esa mirada que las personas adivinaban a través de la pantalla también tuvo nombre. Al vernos entrar por la puerta lo sabían por ese esparadrápelo pegado a la bata. He oído durante años una frase que siempre me ha hecho sonreír: “da a una enfermera un esparadrápelo y soluciona cualquier cosa”. Ese pedazo de tela adhesiva con nuestro nombre nos hacía ser algo más que un ser humano vestido de verde al que solo se le veían los ojos. Al acercarnos a su cama nos mirábamos y nos reconocían por nuestra expresión, otra vez, las miradas se convertían en el vehículo para acercarse a dos personas. Un vehículo que se movía al lento ritmo de la confianza que nace entre dos desconocidos. Esos ojos a través de las pantallas pasaron a ser oídos a los que explicar las vidas

fuera de esa burbuja donde les esperaban familia, amigos, compañeros. Una vida a la que deseaban volver para sentir el tacto de la piel del ser querido, la voz de amistades que habían llenado su vida de recuerdos, las risas sin más, la cercanía sin menos.

Fue en esos días en los que el rechazo al mundo digital, la tan manida brecha que se había erigido en un muro para la comunicación con quien cuidábamos, pasó a ser puente y ventana, compañero y consuelo. Las miradas paseaban de un lado al otro de la pantalla de los teléfonos móviles. ¡Cuántas palabras contenían!

Esos días que pasaron a ser semanas y meses nos enseñaron que ser un equipo era mucho más que un conjunto de personas trabajando en un mismo espacio, tras los primeros momentos pudimos trabajar tan a la par que con mirarnos nos lo decíamos todo.

Aprendimos a interpretar las expresiones de unos y otros a hablarnos con movimientos de ojos imperceptibles para el resto y que solo nosotros sabíamos traducir. Y eso hizo que supiéramos, mirando a los ojos de cada una de las personas que ocupaba una cama, si el virus había ganado la partida,

Aprender a sostener esas miradas ha sido lo más difícil en todos mis años como enfermera y paradójicamente nunca me he sentido tan honrada por merecer esa confianza que me permitió acompañar a muchos en un momento tan íntimo. Dar la mano a quien se va, mirar a sus ojos y hacerle saber desde el silencio que estás a su lado, que no está solo, es de una intensidad emocional abrumadora. Cada despedida fue única, particular, el final de la vida llega por igual pero la vivencia es personal y lejos de estereotipos. Como sino hubiese sido testigo de como la Fe con toda la dimensión de la palabra daba serenidad, el Amor con mayúsculas marcaba el camino hacia quien ya había marchado tiempo antes, la Paz de quien habiendo vivido todo lo deseado quería encontrar descanso desde la serenidad que dan los años. Y en cada una de ellas nuestra presencia, no éramos sus seres queridos, pero sí sus seres más cercanos.

Lloré, sonreí, acaricié (la ternura traspasaba el vinilo) y hasta canté si conocía las letras de sus canciones favoritas. El cerebro en su complejidad ha hecho que olvide el nombre de esas personas, pero sus miradas se han quedado conmigo en ese rincón donde el cerebro las ha guardado, no para olvidar, sino para que convivan con otros recuerdos que formarán, ya para siempre, parte de mi Historia de Vida.

Y que es mirar sino ver más allá de las pupilas, llegar a ese mundo interior,
que los parpados protegen como el telón de un escenario,
y que por unos días se mostró emocionalmente desnudo.
Un espacio al que no siempre nos atrevíamos a entrar,
sabiendo que al salir algo de ellos quedaría con nosotras.
Vivencias, anhelos, despedidas, secretos, emociones,
explicados a esos ojos tras una pantalla que día tras día estaban a su lado.
Aprendimos a escuchar silencios, a leer miradas,
A descubrir todo el sentir que puede llegar a contener una lagrima,
y como brilla la sonrisa de los ojos.
Supimos del poder de una mirada y su intensidad.
de todo lo que podía decir desde un silencio cómplice.
Y es que en esos días las miradas lo dijeron todo.